



LA HISTORIA DE MARÍA DE MAGDALA (I)*

Dora Arce

Carta de María Apóstol, sierva de Dios, compañera en la misión, comisionada por el Resucitado a proclamar la vida, de forma que todas y todos tengamos la libertad que nos capacita para la construcción de su reinado; sostenida por la gracia de mi amado Jesús y la solidaridad de mis compañeras en el ministerio y algunos compañeros también.

Ahora que hemos sabido de vuestra preocupación, como iglesias en la América Latina sufriendo y saqueada por la fuerza de quienes han creído en el poder como instrumento de dominación y no como don para transformar el mundo; queremos hacer llegar nuestra humilde experiencia como comunidad de excluidas y excluidos, que hemos respondido al encargo de Jesús de anunciar la buena noticia de que ciertamente, como solían cantar nuestras abuelas: “la misericordia y la verdad se encuentran, la justicia y la verdad se besan. La verdad se levanta de la tierra y la justicia nos saluda desde los cielos”.

Nuestra comunidad nació de la necesaria solidaridad que cualquier tiempo de crisis pone siempre en la prioridad de las agendas. Y espero que sea certera en el uso de un lenguaje que no es de nuestros tiempos, aunque el contenido siga siendo el mismo.

Nos inspiraron nuestras matriarcas, y la hermana de Moisés, las cinco hijas de Zelofehad, Rut y Débora, Ana y Ester, Judit, Rahab, la lista interminable de mujeres imprescindibles pero sin nombre, que encontramos en el testimonio de las Escrituras. Aquel grupo impresionante de jóvenes que año tras año se reunía para recordar a la hija de Jefté, por cierto, otra sin nombre. Pero también las de nuestros tiempos: María, la madre de todos y todas las del grupo: la Susana, Juana. Y las otras: Isabel, Ana, la suegra de Pedro, la hija de Jairo, la viuda de Naín, la jorobada, la sirofenicia,

Martha y María, las de Betania, las madres y compañeras de los varones del grupo. Todas ellas han sido sustento de esta comunidad que hoy mira con agrado al pueblo de Dios en América Latina, reunido para celebrar su memoria histórica, para mirar el presente y soñar el futuro.

Y yo quiero compartir mi experiencia personal porque también es parte de la memoria de nuestro grupo y supongo que de ustedes también, aunque la iglesia en mucho de su historia nos ha invisibilizado. Y sin que nos crean poco modestas, una mirada a vuelo de pájaro sobre ustedes nos confirma que mucho no ha cambiado en tanto tiempo.

Pero volviendo a mi propio testimonio, cuando quedé sola en aquella tumba vacía el primer día de la semana, e intentando vencer todos mis miedos y la angustia que sentía, me atreví a mirar hacia adentro del sepulcro y vi aquellos dos ángeles, sentados donde mismo había estado el cuerpo de Jesús. Ya saben eso ustedes y no es necesario repetirlo pero lo que sí quiero compartir con ustedes es que a esas alturas ya mis palabras no eran el reflejo de aquel primer sentimiento de confusión sino de un dolor muy personal, algo tan íntimo que sólo puedo intentar describirlo.

Volteé el rostro y allí estaba Jesús. Claro que no le conocía de momento. En mi dolor sólo atiné a escuchar la pregunta que lanzó: ¿A quién buscas?

Amadas y amados de las iglesias en América Latina y el Caribe, en nuestra experiencia comunitaria esta sigue siendo una importante pregunta para la misión. La verdad de la fe que proclamamos tiene que ser expresión de un seguimiento consecuente, la búsqueda constante de Jesús, del resucitado, en todo momento y todo lugar, especialmente

* Reflexión presentada en el 80 Aniversario del Congreso Evangélico Hispanamericano de La Habana, realizado en mayo de 2009 en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

entre aquellas y aquellos por los cuáles siempre manifestó un amor preferencial: las víctimas de la injusticia, del egoísmo, de la violencia, de la exclusión, del desamor. Diluimos nuestra misión muchas veces en el sostenimiento de estructuras obsoletas, excluyentes, tan verticales a veces como las del catolicismo romano que tanto cuestionan los evangélicos/

protestantes; y ¿Cómo es que dicen hoy? ¿Patriarcales? Sí, eso, patriarcales, si es que con eso quieren significar que sólo se recuerda al padre Abraham, a Isaac y Jacob, como si Sara, Agar, Rebeca, Raquel, Lea no hubiesen sido coprotagonistas de la historia de salvación. Y bueno, sigo contándoles de mi historia aquel día primero de la semana... ■